

Unamuno también dijo esto...

El Nacional, 1958-04-22.

A lo cual replicó el vizcaíno: ¿yo no caballero? Juro a Dios tan mientes como cristiano: si lanza arrojas y espada sacas, el agua cuán presto verás que el gato llevas: vizcaíno por tierra, hidalgo por mar, hidalgo por el diablo, y mientes, que mira si otra cosa dices. (Del cap. VIII de la parte I del Quijote).

Si en lugar de meter en esto a don Miguel, el escritor Antonio Aparicio hubiese escogido como asesor de su artículo "Ruralidad, nacionalismo" (*El Nacional*, 18 de abril) a un lingüista y filólogo mejor versado en lengua vasca como Arturo Campión, por ejemplo, hubiese quedado mejor en la materia, pero seguramente hubiera quedado corto en su intención.

Le convino más usar los recortes de escritos de un hombre tan contradictorio como Unamuno para objeto de despotricar autorizadamente contra la lengua vasca. Aparicio no repitió a Unamuno para divulgarlo (porque el "vasco por los 32 costados" que era don Miguel dijo también otras cosas) sino porque eso es lo que Antonio Aparicio, por las razones que sea, quería decir, y su autoridad le venía al pelo.

Sólo que a Unamuno le quedó, este papel de tapadera bastante mal.

También dijo Unamuno que "La actitud de esos catalanes y vascos, es de defensiva, cuando deberían hacerse ofensivos. Tal fue el sentido de mi discurso en los Juegos Florales de Bilbao, en agosto de 1901, y entonces resultó que disgusté con él a aquéllos mis más próximos hermanos, a quienes dije "¡imponeos!", y me fue aplaudido por aquellos otros cuya manera de sentir y hacer la vida nacional quisiera que desapareciese de España". "Y al ver que los vascos protestaban, los maquetos (despectivamente por "españoles") aplaudieron, y no por patriotismo español, sino para desahogar su sorda inquina a Bilbao. Esta es la pura verdad".

Reclamé la colaboración de don Miguel de Unamuno, paisano mío a quien conocí siendo un niño en Hendaya y a quien continuó admirando, para probar que Unamuno da para hacerle hablar, según la intención. Porque también dijo: "En el fondo del catalanismo, de lo que en mi país se llama bizkaitarrismo y del regionalismo gallego, no hay sino anticastellanismo y una profunda aversión al espíritu castellano y sus manifestaciones. Esta es la verdad, y es menester decirla. Por lo demás, la aversión, es dígase lo que se quiera, mutua".

Pero vamos a dejar en paz a don Miguel, porque podríamos tenerlo soplándonos al oído indefinidamente: ¿Cómo se puede afirmar, como lo hace Aparicio, esta vez con voz propia, que la lengua vasca se conserva "a duras penas en algunas aldeas apartadas del país"?

Es desgraciadamente verdad y España no tiene por qué enorgullecerse de ello, que la persecución de la lengua más antigua de Europa en las escuelas (a mi abuelo, a mi

padre y a mí nos han pegado en la escuela por expresarnos en lengua vasca) y en todos los demás instrumentos de cultura la han hecho retroceder mucho; pero afortunadamente casi las tres cuartas partes de Zuberoa, Benaparra y Lapurdi, en el Estado francés, y en Guipúzcoa y Vizcaya, las más favorecidas, la utilizan corrientemente, y desde 1931 el renacimiento literario es sorprendente.

¿Que el vasco resulta pobre, inhábil para su función literaria? Las lenguas son como las madres, se las quiere igual si son mujeres de grandes encantos como si son unas tímidas mujeres del pueblo, eso importa poco para que se la quiera conservar. Pero la lengua vasca no desmerece en nada a las de gran difusión, si no es para los que la ignoran.

Aquí, en Caracas, sin ir más lejos, Aparicio podría hablar con cuatro o cinco autores que han traducido libros de Homero, Shakespeare, Platón, Nietzsche y Juan Ramón Jiménez, por no mencionar más que algunos de diversas épocas y disciplinas. Y podría también, claro es, contar cientos de vascos que hablan su lengua, y a quienes ha dolido mucho la mala intención de sus referencias.

¿Qué los vascos carecen de cultura popular? "Todos los dichosos efectos que produce el sentimiento de una libertad bien ordenada –dice Guillermo Humboldt en 1801, como contestando al artículo de Aparicio– y de una perfecta igualdad de derechos, se encuentran evidentemente expresados en el carácter de la nación vasca. Ella es el único país que he visto jamás en que la cultura intelectual y moral sea verdaderamente popular, en la que las primeras y las últimas clases de la sociedad no estén separadas por una distancia inmensa, y en la que la honradez, la franqueza, el inocente candor de estas no ha llegado a ser extraña a las altas. Ahí radica el gran atractivo que ese país ejerce sobre mí".

Esto no son las cruzadas y los juicios de la inquisición y el señoritismo de la cultura de influencia castellana, pero no los echa en falta.

Aparicio habla también, de "cierto separatismo carente ya de sentido histórico, y siempre de sentido político", y sin embargo Juan Donoso Cortés, conocido parlamentario español, decía en 1842 que O'Connell, irlandés en las cortes de Londres, y Olano, vasco en las cortes de Madrid, eran los pocos que podían llamarse "*pueblo*", sin que esta expresión sea en los labios ni hiperbólica ni ridícula. Uno y otro representantes de dos pueblos oprimidos; uno y otro han dirigido su palabra a los tiranos y a los despojadores de su santa independencia".

Y Alejandro Pidal y Mon, político, escritor y diputado español, dijo en un discurso en el Congreso español en 1876: "Hay que violar el derecho, señores diputados porque aquí se está dando todos los días el nombre de privilegios a lo que en la historia desde Felipe II hasta Castelar han considerado como un derecho. Cúmpleme decir que la unión de las Provincias Vascongadas al resto de la nación era una mera unión personal como la que existió en otro tiempo entre España y Alemania".

Y en cuanto al sentido político, una razón: en la votación para el Estatuto de Autonomía, del 19 de junio de 1932, dijeron "sí" 962.710 ciudadanos de las cuatro provincias vascas; dijeron "no" 201.936 y votaron en blanco 71.040. Después, en la guerra, los muertos en campaña y fusilados, sumaron 50.780; los heridos graves, 49.500; encarcelados 34.550, y en campos de trabajo forzado, 52.000; los exiliados sumaron

150.000; en total, 336.830 personas, de una población de millón y medio escaso. Ahí tiene otro plebiscito, espontáneo, que no sé si en la dialéctica moderna de "la dinámica de la historia" tiene algún valor.

Es característico que la Monarquía y Franco coincidiesen en negarle al pueblo vasco todos los derechos, y que el régimen democrático de la República Española fuese la que comenzó a restablecerlos. Los que los niegan demuestran tener el mismo espíritu que exhibieron por turno los Borbones y el dictador que están soportando juntos los pueblos de la península.